



"Esos marineros deben tener razón", respondió Marjorie, dicen que son viejos amigos de la familia, por lo que deben tener bastante confianza, creo que no debemos ofender a los Stephens echando de su casa a estos cuatro".

La conversación duró bastante tiempo y los marineros no daban señales de abandonar la casa, hasta que finalmente uno de los acompañantes de las muchachas propuso dar unas vueltas en el auto. Por otra parte no les parecía conveniente dejar a las dos muchachas con esos cuatro desconocidos.

"Tienes razón", dijo Marjorie, "pero si ellos no fueran realmente amigos de la familia, no se tomarían esas libertades".

Convinieron al fin que los dos jóvenes se marcharan, y Marjorie y Rose penetraron en la casa.

"Vengan acá nenas, es mejor que se porten bien y beban una copa con nosotros", dijo el más chaparro de los cuatro marineros. "Son ustedes un par de muchachas preciosas".

Ambas rehusaron la invitación y Rose dijo a Marjorie: "Vámonos a nuestro cuarto y cerraremos la puerta con llave".

"No te asustes Rose", respondió Marjorie, "¿Qué pensarían los Stephens si no atendiéramos a sus visitas? Por otra parte, si estos cuatro no son amigos de la familia, hay una razón más para que no los abandonemos; debemos estar en la sala y cuidar lo que hacen".

Rose no discutió más, por algunos momentos estuvo observando a las extrañas visitas, después entró a la cocina, tomó un cuchillo de mesa y se fue a su cuarto. Marjorie se sentó en el sofá de la sala y se resignó a soportar la lata de los cuatro borrachos. Rose, en su cuarto, se acostó en la cama a leer un libro.

A través de la puerta le llegaban los rumores de la conversación de Marjorie con los marineros, que movida por su lealtad hacia los Stephens, habían resuelto atender a los invitados hasta que los dueños de la casa regresaran. Rose había leído media página de su libro, cuando repentinamente levantó la cabeza para escuchar mejor; se oían pasos cerca de su puerta. Después se oyó una voz que decía:

"Abreme nena, antes que heche abajo la puerta".

"Váyase por favor", respondió Rose; después se levantó sin hacer ruido y aseguró la cerradura con el cuchillo de mesa. Miró su reloj y vió que eran las 10.30; pensó que era tiempo de que los Stephens hubieran regresado a la casa.

Apenas se había reclinado de nuevo en la cama, cuando oyó que Marjorie gritaba angustiosamente.

"Por favor, no, no, no me pegue", suplicaba la muchacha.

Las sospechas que Rose había tenido desde el principio en contra de los extraños visitantes, se confirmaron. Llena de miedo se acercó a la puerta y pensó abrir para que Marjorie se refugiara en el cuarto, pero, ¿estarían

seguras detrás de esa débil puerta?, si abría, ¿qué pasaría? ¿debía pedir auxilio? La muchacha se encontraba ante un dilema.

El ruido de la pelea continuaba más fuerte y furioso, lo mismo que los gritos de Marjorie, por lo que Rose pensó que lo más conveniente era pedir auxilio.

Furiosamente se arrojó por la ventana del cuarto, rompiendo el bastidor de tela de alambre y cayó sobre el piso de la parte de afuera. Corrió a lo largo de la avenida e históricamente golpeó la puerta de la casa número 10228 de la Avenida de San Gabriel, que se encuentra casi a dos calles de la casa de los Stephens.

"Auxilio, pronto, auxilio," gritó.

Eran las 10.40. El ocupante de la casa, Roy Zahnter estaba durmiendo, pero los gritos angustiosos de Rose lo despertaron e instantáneamente se levantó. Se vistió rápidamente y abrió la puerta. Rose lo tomó nerviosamente por un brazo y lo arrastró hacia afuera señalándole la avenida. "Pronto, están matando a Marjorie", gritó otra vez.

"¿Dónde? Dígame", exclamó Zahnter.

El y Rose corrieron hacia la casa de Stephens. El sitio donde momentos antes había tenido lugar una ruidosa pelea, estaba ahora silenciosa y aparentemente desierta.

Zahnter y Rose entraron en la casa, encendieron las luces de la sala y no encontraron a nadie. Rose siguió al



La casa de los señores Stephens, en el No. 10500 de la Avenida de San Gabriel, donde ocurrió la misteriosa tragedia. El Capitán Bretz y el Jefe de Policía Mueller observando la ventana por donde se introdujeron los marineros.